

Maria Iovino
Noviembre de 2010

La intensificación de los encuentros de arte latinoamericano en los distintos países y espacios culturales de América Latina ha hecho entender que, si bien existen pautas de reflexión común en los más diversos lugares del continente, es preciso ahondar en el conocimiento de las experiencias pasadas y presentes de cada uno de ellos -lo cual debe tener presente sus múltiples diferencias internas-. Ello, a fin de lograr una conversación honesta, fértil y útil, capaz de generar vías de enriquecimiento común desde la diferencia.

Obviar la necesidad de esa investigación, como la actualización crítica de los discursos identitarios que se fundaron como reacción a una situación generalizada de colonizaciones y de rupturas arbitrarias con tradiciones ancestrales, arrastra reduccionismos interpretativos que a su vez pueden cansar y agotar temas muy importantes que sustentan la validez de un encuentro que nos conviene y nos puede aportar a todos.

Así se hayan cumplido (o estén por cumplirse en algunos casos) dos siglos de independencia política de la colonización, la juventud de los países de América Latina dentro del gran marco de la cultura occidental va de la mano de un sin número de dependencias y de carencias, que no es posible superar sin un propósito sincero de auto conocimiento. Para ello resulta fundamental, además de la mirada autocrítica, el diálogo entre vecinos próximos y lejanos que comparten búsquedas similares, entre las cuales sobresale la defensa de la autonomía en el desarrollo, y esto, en sanas y adecuadas relaciones con otros lugares del planeta.

Mantener una voz en la escena contemporánea reclamando aún la disfuncionalidad y las nefastas consecuencias de las modernidades latinoamericanas o del tercer mundo es poco productivo y cristaliza errores de interpretación. Justifica la continuidad del caos, de la desigualdad, de la miseria y de la violencia, mientras deja de apreciar con profundidad cientos de ventajas del desarrollo de la inteligencia y del pensamiento que también desplegó el proyecto moderno, el cual, inevitablemente continúa en muchos niveles. Si bien, éste, en su aspecto ingenuo y arrogante, aplastó sin consideraciones muchos acontecimientos naturales y sensibles, elevó muchos otros niveles vitales.

La cuestión hoy es pensar las desventajas a la luz de las ventajas para conducir nuevos proyectos más integradores y revisar los que han fallado sin detenerse en el lamento por sus puntos de quiebre. En un equilibrio óptimo, la creación humana potencia el patrimonio natural que la sostiene y la naturaleza avisa las fallas y desvíos de la inteligencia. El asunto radica en la sabia lectura para el constante ajuste de ese intercambio.

Lo natural por lo natural no es óptimo ni ideal. Por lo general, la naturaleza suelta a sus riendas es salvaje, y en ese estado, no sólo no se puede pensar en comunidad con ánimo de paz, sino que no hay prosperidad, inclusive para quien logre reinar en la jungla. En esa condición, no se supera nunca un estado de sobrevivencia brutal, por lo que tampoco nace el espacio para que germinen ideales. La inteligencia suelta a sus riendas igualmente es despiadada y soberbia. El conocimiento y transformación del mundo no ocurriría sin ella, pero su arbitrio sin control es predador.

En el movimiento entre esas dos fuerzas (la natural y la interpretativa), que la humanidad aún desconoce, a pesar de haber avanzado en ello, ha ido madurando y proyectándose, como es de entender, entre cientos de problemas que encuentra y

genera. Saber ver esos inconvenientes requiere un conocimiento del contexto amplio y puntual en un sentido profundo. De allí, la relevancia de la conversación. Ésta contribuye a reconocer lo similar y lo particular, lo problemático y lo ventajoso, lo errado y lo posible.

De allí también, que en las expresiones artísticas más jóvenes la observación de las relaciones entre seres y seres, seres y su espacio, espacio y ambiente, cultura y ambiente, seres y tecnología, tecnología, ciudad y naturaleza, alta y baja tecnología, etc, hayan ganado tanta importancia. Las relaciones son múltiples y complejas y, en ellas, todos los jugadores son definitivos. Lo que se admite como realidad en la actualidad, es el resultado de un mundo intensamente interconectado de múltiples maneras, lo cual cierra el paso al discurso maniqueo de sometedores y sometidos, como a la validación de una postura humanista, crítica y sensible a partir de la más simplista denuncia. Esta condición a su vez desplaza hacia coyunturas más entramadas las observaciones políticas, que no dejan de ocurrir por los cambios de sistemas.

Artistas como los que incluye esta exposición conectan situaciones muy diversas y así despiertan polifonías en las que se pueden evaluar muchos más niveles. En esa medida, su conversación es múltiple y en distintas capas simultáneamente. En el caso de Odiris Mlászho, de Nicolás Consuegra, de Cadu Costa y de Luis Hernández Mellizo, se hace visible el texto que escriben las ciudades, inclusive desde sus vibraciones más sutiles, como también en su uso, habitación, deshecho y abandono.

Si bien las dos artistas que más sensiblemente piensan en el paisaje son Lia Chaia y Natalia Castañeda, su paisaje no es rasa naturaleza sino, naturaleza ligada a la interpretación y al discurso. En esa medida, las dos también revelan una lectura de la urbe, como los artistas antes mencionados, una del paisaje.

En general los países de América Latina no lograron desarrollar una aproximación artística suficiente al paisaje en un sentido académico occidental debido a que a poco tiempo de haber comenzado esta práctica en las escuelas de arte, sobrevino la realidad de las vanguardias, la de la abstracción y la de los problemas urbanos de la modernidad. Una contemplación y abstracción de lo natural capaz de nutrir un discurso filosófico se truncó de esa manera, por lo cual hay una deuda pendiente en estos lugares con el paisaje, lo que explica que éste se filtre en las distintas temáticas en un decidido interés por la atmósfera y el ambiente, aún cuando se aborden las materias más concretas.

Lo interesante en estas prácticas, que son comunes, es la particularidad que aporta el contexto. Brasil, que tiene el más potente desarrollo de la modernidad en el continente y una historia colonial única, junto con la reserva selvática más grande del mundo, entre muchos otros factores, hace que sus artistas conciban sus proyectos en una dimensión espacial, maquinal y abstracta que en Colombia rara vez se ha abordado. Por su parte Colombia, un país atravesado por tres cordilleras intensamente distintas la una de la otra, que parten el territorio en zonas muy variadas, y con un conflicto armado que periódicamente toma un rostro distinto sin disminuir su gravedad, hace que sus artistas piensen con persistencia y, con un realismo mucho más pronunciado, en lo delicado y frágil de la vida.